

EL JAPÓN DE ATRÁS DE ISABELLA BIRD

El Japón de hoy, el Japón de ayer... Un mecanismo de relojería que mueve sus engranajes de manera precisa y repetida, asegurando un movimiento perfecto, marcado por un tiempo siempre igual, ordenado y estructurado en un espacio que parece indefinido, sin ritmo ni armonía. Un movimiento que produce un sistema donde cada persona se mueve dentro de límites concretos, según comportamientos definidos. Sin embargo, es un tiempo sencillo, elegante, puro, que desliza por las agujas dejando vislumbrar una belleza casi ascética, romántica, distinguida, donde el bello se esconde detrás de cada cosa: una taza de té, un ramo de flores, una tarjeta, la caligrafía... Un país sensible ante lo bello en todas sus formas, con un encanto extraordinario que muestra sin orgullo, conservando en todo momento aquella compostura y discreción, que lo convierte en una joya maravillosa de mirar, y difícil de tocar y sentir. Guarda celoso su esencia, que yace incólume entre el verde de los arces, mostrándose solo a unos pocos en su plenitud. Inconsciente de su belleza, su cara aparece siempre inalterada. Es la cara de un sistema que se mueve al unísono, profundamente anclado en la idea de grupo y comunidad, con un fuerte sentido de estado, autoridad y colectividad. Que se traduce en obligaciones, sentido del deber, etiquetas y formalidades, y también en protección, hermandad y convivencia. La sociedad es una segunda piel que repara y protege, donde cada uno tiene su lugar.

Y aniquila, comprime, absorbe.

El recogimiento espiritual podría ser concebido como una vía de huida, de una máquina productiva que pide constantemente disciplina y esfuerzo. La búsqueda de una relación íntima y directa con las divinidades, lejos de los esquemas de una religión organizada, lleva a una comunión con la naturaleza, y a un vínculo espiritual muy potente. La religión constituye una experiencia personal, un camino a la búsqueda del nirvana.

El imperio del sol naciente, lugar de antiguos dioses y costumbres ancestrales, conserva aún hoy un profundo contraste entre tradición y modernidad. Aislado del mundo exterior durante más de tres siglos, cuando, a mediados del siglo XIX, el país se asoma a las puertas de la modernidad, empieza también un proceso de apertura al occidente. Sin embargo, Japón consigue guardar su esencia más profunda y crear una cultura y unas tradiciones únicas, fundiendo magistralmente el espíritu de la contradicción.

Frente a un Japón en pleno proceso de modernización, una parte del país parece ajena a los cambios políticos y socioeconómicos de la era Meiji. Es el Hokkaido, la más septentrional de las cuatro grandes islas del archipiélago nipón, cuya imagen queda reflejada en las páginas de diario de una gran viajera de la Inglaterra victoriana.

Es el año 1878. La protagonista, Isabella Bird, decide recorrer “el camino del mar del norte” de la mano de un intérprete-guía, y con medios de fortuna se adentra en un Japón lejano, inexplorado, rural. Carta tras carta, retrata con un espíritu transparente e intuitivo, y sin conocimientos previos, una identidad cultural que le resulta ajena.

Hija de un etnocentrismo europeo típico de su tiempo, juzga y califica las costumbres, las creencias y el lenguaje de las poblaciones que encuentra a lo largo del camino a partir de sus propios parámetros culturales. Sin embargo, sus descripciones francas y crudas, con un sentido del humor típicamente inglés, no le impiden realizar un viaje que es aprendizaje y conocimiento y valorar las diferencias culturales para generar una crónica que es un auténtico documento antropológico y etnográfico.

Isabella Bird documenta la realidad enfocando la atención en el hecho narrado, en el protagonismo del espacio recorrido, que reporta siempre a través de la lente humana, es decir, de su subjetiva sensibilidad cultural. Con una visión sana y equilibrada, Isabella

nos da la posibilidad de viajar por el Japón de atrás que no se ofrece a la vista del turista, un Japón, vivo, palpitante.

A través de un viaje por “camino pésimo y muy fragoso entre montañas”, repleto de “peligrosos ríos que cruzar”, conocemos un paisaje de naturaleza virgen y la gente que lo habita. Es gente de aspecto feo, miserable y pobre, pero con una gracia encantadora cuya amabilidad y cortesía es una fuente constante de placer. Su obediencia y disciplina son el fundamento del orden social de Japón. Es un pueblo apacible e inofensivo, con una paciente laboriosidad y tranquila monotonía. Viven en casas míseras y a menudo sórdidas, con una eterna confusión y falta de decoro. La comida es abominable, las posadas sucias, malolientes y llenas de pulgas.

A pesar todo, Isabella sigue adelante. En la soledad de la naturaleza y una atmósfera de libertad, en las solitarias tierras ainu conoce un pueblo ignorante, sincero y veraz, casto, hospitalario, respetuoso y amable. Los ainu son perfectos bárbaros, una raza inofensiva de aspecto asilvestrado y feroz, carente de instinto de progreso, gente honrada y también estúpida, apática e incivilizada.

E Isabella no deja nunca de sorprenderse, entiende las cosas sin razonarlas, y desentraña sus pensamientos como un flujo de conciencia, una catarata de emociones.

Sin embargo, el resultado será una estructura narrativa lineal y un orden cronológico que marcan la organicidad del relato.

El suyo es el viaje como terapia, cómo búsqueda de sí, de un ser encerrado en el cuerpo y alma de una mujer con una salud delicada, que sólo el contacto con la naturaleza podía curar. Isabella Bird elige el ocaso de Oriente y los campos infinitos y rompe los prejuicios de la época para aventurarse en un viaje rocambolesco. La viajera victoriana no aspira a ser buena esposa y madre ejemplar y subvierte los convencionalismos de la sociedad victoriana, escribiendo una de las páginas más bellas de la literatura de viaje femenina.